

F. García Pavón:

CERCA DE OVIEDO

(*Novela, Madrid, 1946.*)

GARCÍA Pavón al aparecer en el rellano de las letras nacionales con su novela galardonada, nos recuerda al hombre que irrumpe bruscamente en un salón cualquiera, despide la puerta tras sí con un resonante portazo, se acomoda, después, en un buen sillón, saca un puro del bolsillo, lo enciende y se queda mirando, con la mayor frescura, a toda la gente que, naturalmente, se sorprende ante el atrevimiento del nuevo visitante.

¿Quiere esto decir que el joven novelista ha burlado la corrección y buenas formas que siempre deben acompañar al arte del bien escribir? De ningún modo. Ahora, cuando desarrollemos nuestro criterio, se entenderá mejor esta parábola.

García Pavón ha entrado en la corte de los novelistas con una originalidad desacostumbrada, le ha dado, airoosamente, el portazo a las apollilladas y manidas, a fuerza de usadas, prescripciones y prejuicios literarios que, en los últimos años, informaron la esencia de tanta novela como deambula por esos mundos de Dios, novela de lujosas encuadraciones, en muchos casos, pero falta, asimismo, de la necesaria hilaridad e interés (o sea, mucha corteza y poca miga); después, se ha situado en un plano hábilmente elegido, con afortunadas perspectivas, vedadas para muchos novelistas, desde el que ha podido otear, con una tranquilidad pasmosa, todo el panorama novelesco para adentrarse por atajos (todo su estilo es eso: atajo y concisión) de un desenfadado humorismo, producto de ese espíritu ultraobservador de nuestro paisano que sabe captar hasta los más ínfimos detalles para presentarlos al lector con su burlona lente de aumento. Al llegar aquí, todo el peso de nuestra razón habrá de estar con Agustín del Campo cuando dice que la «trama de esta obra es casi una teorización sobre la creación novelesca». Además, García Pavón, desde esa postura original con la que ha dado dirección a su novela, ha sabido aprovechar el nimen de su amplia perspectiva literaria, dando de lado a tanta frustrería, y cuando más, mirando sólo con el rabillo del ojo lo que a tantos cegó e hizo fracasar. Y así se comprende que muchos novelistas consagrados y muchos asiduos lectores de novela, al igual que aquellos señores del salón donde irrumpió el hombre de nuestra parábola, se quedaron boquiabiertos y cariacontecidos ante la desenvoltura y originalidad con que se da a conocer este principiante. Originalidad y desenvoltura que obran en unión de una vitalidad conceptualista y una capacidad creadora que aseguran para el novel literario repetidos éxitos.

No puede faltar en estas líneas nuestra pincelada de sinceridad, y así queremos hacer la siguiente objeción: La novela de García Pavón es, exclusivamente, para personas de sólida formación. Desde el marco a que nos sujeta la conducción católica —que es, a su vez, programática— de la revista *ALBORES DE ESPIRITU* consideramos de suma importancia reseñar esta aclaración. Y no es que nosotros vamos a llegar hasta el extremo de trasladar esta obra a un terreno de inmoralidad premeditada e intencionada que sería injusto atribuirle. No. El autor no hace sino tratar con una claridad y sencillez a todas luces, aquellos motivos de picaresco sabor que vienen al ámbito de la novela con el soplo de una naturalidad habitual e incontentible, exponiendo manifiesto de esa concepción realista tan en carne viva que hallamos en esta obra.

En resumen: García Pavón ha hecho una novela con todas las de la ley. Un argumento original y bonito, desarrollado con marcada amenidad y salpicado de escenas de humor tan vivo que nos hacen explotar, en muchas ocasiones, en una estruendosa carcajada. Así, mantiene constantemente tenso el ánimo del lector, llevándole por trochas de intriga y sensacionalismo para plantearle, al final, ante un desenlace burlesco e inesperado.

